

palabras van embebidas las catorce letras del nombre y apellido de *Alonso Lamberto*, sin más diferencia que el haber cambiado la *m* en *n*, cambio que nada significa tratándose de dos letras que delante de la *b* suenan del mismo modo. Puede Vd. comprobarlo prácticamente numerando las letras:

E l s a b i o A l i s o l a n h i s t o r i a d o r n o
11 7 8 10 6 12 5 3 4 13 14 12 9

Lo que más confianza me da de haber acertado son los muchos ejemplos de este género de escritura criptográfica que pueden encontrarse, desde el famoso acróstico de las *Partidas* hasta el revesado procedimiento de que se valió el autor de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*:

«Si el nombre glorioso quisierdes saber
Del que esto compuso, tomad el trabajo,
Cual suele tomar el escarabajo
Cuando su casa quiere proveer...»

Pero ya preveo una objeción, y quiero contestar á ella. El autor del falso *Quijote* dice terminantemente, queriendo disculpar con ello su mala acción, que Cervantes le había ofendido á él y á Lope de Vega (1).

(1) Apunta el Sr. Groussac una ingeniosa corrección en el pasaje de Avellaneda: «si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales *el* ofender á *mi* y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjerías». En vez de *á mi* y *particularmente*, propone

¿En qué ó cómo pudo ofender Cervantes á Alfonso Lamberto, personaje desconocido y que para nada suena en la biografía del príncipe de nuestros ingenios?

¿Pero, por ventura, esta biografía no está aún llena de oscuridades? ¿Qué período de ella conocemos con alguna puntualidad, salvo el período heroico de su cautiverio en Argel y el triste período de su estancia en Valladolid? (1) Las tradiciones de la Mancha, de Esquivias y de otras partes son tradiciones *á posteriori*, de las que forjan los semidoctos y no el pueblo, anacrónicas y contradictorias, y no pueden alegarse en ninguna biografía seria. Hay, sobre todo, un intervalo no menos que de veinte años (los que median entre la *Galatea* y la primera parte del *Quijote*), en que casi se perdería toda huella de Cervantes á no ser por los documentos relativos á sus comisiones y apremios. ¿Qué más?: hasta su estado económico y social continúa siendo un enigma, que cada

que se lea «y muy particularmente». Pero este género de enmiendas, á lo Hartzenbusch, son enteramente arbitrarias, y el mismo Sr. Groussac previene, en cuanto á la presente, que por seductora (P) que parezca, no la adopta (página 164).

(1) Esto que era verdad cuando se publicó por primera vez esta carta, no lo es hoy más que en parte, después del inestimable hallazgo de los *Documentos Cervantinos* (series primera y segunda) que el Sr. Pérez Pastor ha recogido é ilustrado doctamente.

vez se va complicando más con el hallazgo de nuevos documentos. Su hija, que pasaba por monja, resulta ahora casada dos veces, y se disputa si era natural ó legítima. Y no hay poca distancia del Cervantes famélico, tan traído y llevado por la musa romántica, al Cervantes que ahora nos descubren los protocolos notariales, dotando á esa hija con el usufructo de una casa de su propiedad en la red de San Luis, y con una cantidad en dinero equivalente á cerca de dos mil duros de nuestra moneda.

Durante su vida errante y aventurera (en el mejor sentido de la palabra) Cervantes hubo de conocer á toda casta de gentes, y es indudable que recorrió la mayor parte de España. No consta su residencia en Aragón en tiempo alguno, pero estaba muy enterado de las cosas de aquel reino, como puede verse en la segunda parte del *Quijote*; y debía de tener algunas relaciones literarias en Zaragoza, como lo prueba el hecho de haber obtenido en 1597 el primer premio por una glosa en quintillas en un certamen celebrado por los dominicos de aquella ciudad en honor de San Jacinto. Acaso comenzaría entonces la rivalidad de Alfonso Lamberto, si es que concurrió al mismo certamen y no fué premiado. Pero no doy mucho valor á esta conjetura, porque en la *Relación* de

aquellas fiestas, publicada por el cronista Gerónimo Martel, no encuentro su nombre.

A tal distancia, ¿quién podrá descubrir en el *Quijote* las alusiones á Alfonso Lamberto? Si tenía realmente el mote de *Sancho Panza*, y no se le pusieron los zaragozanos después de impreso su libro, la ofensa pudo consistir en esta aplicación, y éste será uno de los *sinónomos* (sic) *voluntarios*, es decir, *apodos*, de que él se queja en su prólogo. Pero yo sospecho que Alfonso Lamberto está designado en la primera parte del *Quijote* con otro seudónimo.

Sabe Vd. perfectamente que los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote* no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen, puesto que ni Don Quijote *alcanzó á fuerza de brazos* á Dulcinea del Toboso, ni Sancho Panza *tomó las de Villadiego* para retirarse del servicio de su señor, ni en fin casi nada de lo que se dice en los versos concuerda con lo que luego pasa en la novela.

Estos versos, además de ser una parodia de los elogios enfáticos que solían ponerse al frente de los libros, tienen escondido algún misterio, que para los contemporáneos no lo sería ciertamente. Las alusiones á Lope de Vega se traslucen todavía, pero debe de haber otras. El soneto de *Solisdán* me da mu-

cho que pensar. Este personaje no figura en ningún libro de caballerías conocido hasta ahora, y por tanto debe de ser burlesca invención de Cervantes. Su nombre, quitándole una *i*, es anagrama perfecto de *D. Alonso*. ¿Será por ventura *el sabio* historiador *Alisolán* y el *Alfonso Lamberto* de Zaragoza? En este caso no se le puede confundir con Sancho Panza, puesto que habla de él en el soneto:

Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuestas cuitas muestra buen talante,
En tal desmán vueso conhorto sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

¿Qué quiere decir todo esto? En la primera parte del *Quijote*, ni Dulcinea comete desaguisado, ni Sancho Panza es alcahuete bueno ni malo. Evidentemente se alude aquí á otras cosas y personas. ¿Quiénes pueden ser éstas? ¿Quién el D. Quijote *apaleado ve-gadas mil por follones cautivos y raheces?* (1)

(1) El Sr. Groussac con la buena fe y caritativa intención que dominan en todo su estudio, quiere deducir de estas palabras mías, que acepto el sentido *esotérico* del *Quijote* (p. 147). Nadie ha impugnado tanto como yo este desvarío extravagante: nadie ha sido tan maltratado como yo por los cervantistas *simbólicos* y *tropológicos*. Pero una cosa es el texto de la novela, en que no veo misterio

No presumo de averiguarlo, á lo menos por ahora. Sólo sé que el gran Mecenas de Lope, D. Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, fué varias veces acuchillado por más de una Dulcinea quebradiza; y sé también que el gran poeta le sirvió demasiado en sus pecaminosos empeños. Si á ellos alude el soneto, habrá que suponer que el *D. Alonso* ó *Solisdán* estaba en las intimidades del duque y de Lope de Vega, cosa difícil de admitir, porque en ninguno de los *billetes de Belardo á Lucilo* (1) suena tal nombre.

alguno, y otra los *versos preliminares*, que confieso no entender más que á medias, y que seguramente alguna alusión contendrán, puesto que Cervantes no escribía á tontas y á locas.

(1) Es muy posible, y aun probable, que yo me haya equivocado en la interpretación del nombre de *Solisdán*. Pero todavía me parece más quimérica la que no con el modesto carácter de hipótesis, sino como *solución* que triunfalmente me envía desde Buenos Aires, expone el Sr. Groussac. Según él, *Solisdán* es anagrama de *Lasindo*, escudero de Bruneo de Bonamar en el *Amadis de Gaula*. Si algo de lo que en el soneto se dice tuviera relación, aunque fuese indirecta y remota, con el tal escudero, podría tomarse en serio la ocurrencia ó como él dice muy satisfecho *la petite trouvaille* del Sr. Groussac (p. 149). Entretanto tenemos derecho para decir que es un capricho sin fundamento alguno. ¿Quién sabe si el día menos pensado, cualquier lector paciente de libros de caballerías, que se embosque, por ejemplo, en la farragosa enciclopedia de *El Caballero del Febo*, ó en cualquier otro mamotreto por el estilo, dará de manos á boca con el auténtico *Solisdán*, sin anagrama de ninguna especie; y entonces pasará el Sr. Groussac á formar parte de la honrada co-

Pero todo esto es ya demasiado conjetural, y no nos puede llevar á ninguna parte mientras no sepamos, con precisión, qué casta de pájaro era el Alfonso Lamberto. Yo sólo puedo añadir á lo dicho que no veo inconveniente en atribuirle también la *Venganza de la lengua española*, tenida generalmente por de la misma pluma que el *Quijote* de Avellaneda. El seudónimo de *D. Juan Alonso Laureles* recuerda algo su nombre verdadero; y el punto de la impresión, Huesca, parece adecuado para un autor oriundo del Alto Aragón, como Lamberto lo era.

Esto es, amigo Rius, cuanto se me ocurre sobre la presente cuestión, que á muchos graves y cejijuntos varones, dados á estudios pedagógicos y sociológicos, parecerá sin duda cosa de poco momento, pero que por lo menos importa tanto como la tan debatida de las *Cartas de Junius*, ó la del autor de las *Epistolae obscurorum virorum*, en que no

fradía de los *badauds*, y acabarán de apurarse los quilates de su calibre inventivo? A mí ni *Lasindo* ni *D. Alonso* me importan un ardite, pero lo que me sorprende y maravilla es que «en el siglo de Goethe y del espíritu europeo» (donosa expresión del Sr. Groussac) haya un hombre culto que sobre tan pueriles temas escriba doscientas páginas de improperios contra personas á quienes no conoce ni aun de vista, y que sólo han podido ofenderle con el ligero descuido de no contestar á una carta ó de no acusar á tiempo el recibo de algún libro. ¡Qué triste vanidad es la literatura entendida de este modo!

tuvo á menos terciar un filósofo tan notable como William Hamilton. Nada de lo que se refiere al *Quijote* puede ser indiferente para ningún español, y pocas cosas se refieren á él tan de cerca como la tentativa audaz del que intentó suplantar á Cervantes y arrebatárle su gloria.

No me lisonjeo de haber acertado con la solución del enigma. Digo sólo que mi hipótesis me parece más verosímil que las anteriores, pero no tengo esperanza de que prevalezca. Para muchos lectores sería más convincente este artículo, si por conclusión de él sacase yo que el continuador del *Quijote* había sido el arzobispo de Toledo, ó el Preste Juan de las Indias, ó cualquiera otro sujeto retumbante y de muchas campanillas. El encontrarse, en vez de esto, con un tal Alfonso Lamberto, ignorado poetaastro, cuya fama no traspasó probablemente las tapias de la parroquia de San Pablo ó de San Gil, tiene algo de desencanto. Pero otros mayores suele dar la historia, y todos ellos están bien compensados con el inefable deleite que produce la averiguación de la verdad, cualquiera que ella sea; y aun el mismo trabajo de buscarla.

Tampoco juraré que mi solución sea enteramente nueva. Pellicer, Fernández-Guerra, La Barrera, Tubino y otros muchos han pa-

sado al lado de ella; pero distraídos con otros intentos, la han dejado donde estaba ó han procurado tergiversarla, no por mala fe, que en ninguno de ellos cabía, sino por espíritu de sistema. No sé que nadie la haya sostenido de propósito. Sólo Vd., que sabe y recuerda casi todo lo que en el mundo se ha escrito sobre Cervantes y sus obras y sus imitadores y sus críticos, puede decirlo con pleno conocimiento de causa.

Por otra parte, yo no aspiro á la novedad, sino al acierto; y francamente, en una cuestión de hecho, me agradaría más haber acertado que ser original y extravagante, aunque alguien me llamase ingenioso.

Y aquí, poniendo punto á esta tan prolija epístola, me repito siempre suyo antiguo y leal amigo y cofrade en cervantismo,

M. M. Y P.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

III

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

POSDATA

REPETIDAS veces he aludido en las notas puestas á esta reimpression de mi artículo de 1897 al libro publicado en 1903 por Mr. Paul Groussac, literato francés, naturalizado en la República Argentina, y director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (1), persona de mucha cultura é ingenio, y elegante escritor en francés y en castellano. Ofendido este señor con algunos eruditos españoles por motivos que ignoro aunque sospecho, ha convertido lo que debió ser tranquila discusión literaria en una continua y feroz diatriba contra todas las cosas pasadas y presentes de nuestra patria. Avellaneda y su *Quijote* son un mero pretexto para desfogar este odio, que no se sacia durante más de trescientas páginas, pues aunque hay en el tomo otros estadios menores

(1) *Une énigme littéraire.—Le Don Quichotte d'Avellaneda...* Paris, A. Picard, 1903.

sobre diversas materias, casi todos conspiran al mismo fin y se reducen á lo mismo: casi todos han sido dictados por la musa de la *hispanofobia*, tan grata á los criollos entre quienes el Sr. Groussac vive, pero todavía más grata á los españoles afrancesados y *miso-hispanos*, que abundan en la novísima generación literaria mucho más de lo que el Sr. Groussac puede imaginarse (1).

Yo no he de imitar la petulancia y acrimonia con que escribe el Sr. Groussac, que, contagiado sin duda por la llaneza democrática del Nuevo Mundo, parece haber olvidado del todo la tradicional cortesía francesa. Ningún género de malquerencia siento contra su persona, ni siquiera me doy por ofendido de su libro. ¿Qué vale lo que dice de mí, ni de los demás contemporáneos (que, al cabo, es un vejamen literario, aunque destemplado en la forma) al lado de las atroces insinuaciones, cuando no descubiertas injurias, que á cada momento lanza sobre el carácter moral de Miguel de Cervantes, sin perjuicio de zaherir también la estrechez de su *pobre cerebro*, tratándole con cierta desdeñosa com-

(1) Como muestra curiosa de esta tendencia de nuestros intelectuales, puede verse en la revista *La Lectura* un artículo de la Sra. D.^a Emilia Pardo Bazán de Quiroga, entusiasmándose algo prematuramente con el libro y las ideas del Sr. Groussac y exponiéndolas á su modo.

pasión como á un idiota de genio, que en un solo momento de su vida, acertó por casualidad, á la manera del burro flautista, sin duda para dar ocasión á que el Sr. Groussac hiciera su panegírico en términos muy semejantes á los que usaba Tomé Cecial hablando de la hija de Sancho Panza? Todo por amor, por puro amor á España; porque ha de saber el piadoso lector que el Sr. Groussac nos ama profunda, cariñosa y entrañablemente, y ha escrito su libro tan sólo para corregirnos (quien bien te quiere te hará llorar) para defender los *fueros de la verdad* (1), para darnos un ejemplo de «abnegación modesta», para limpiarnos del «*sarcoma* de presunción y rutina» que nos tiene consu-

(1) Va picando en historia la manía que tienen algunos hispanistas franceses (no exceptúo los mas ilustres) de usar á cada momento subrayadas palabras de nuestra lengua que nada tienen de particular, y que pueden traducirse en francés por otras equivalentes. *Los fueros de la verdad* son ni más ni menos que *les droits de la vérité*. Si esta frase no es ridicula en francés, ¿por qué ha de serlo en castellano? En algunos de los que así proceden puede haber infantil alarde de conocer á fondo nuestra lengua, pero en la mayor parte es pura rechifla (*persiflage*) que á los españoles de corazón nos ofende y mortifica. España, aunque sea un árbol caído del cual todos hacen leña, tiene tanto derecho como cualquier otro pueblo á que no se tomen en chunga su lengua, su historia y sus costumbres. Ese francés humorístico trufado con palabras castellanas me hace el mismo efecto que los chistes de los gallegos y andaluces de sainete.

midos (págs. 190-191). Como lección ejemplar, como ensayo y prueba de esta crítica novísima, que viene á hacer tabla rasa de cuanto se ha escrito sobre la historia literaria de España (pág. IX) sustituyendo los hechos á las divagaciones, y asentando sobre bases críticas sólidas esa historia que ningún español es capaz de emprender «á causa del medio de miseria psicológica en que vive», escoge el Sr. Groussac como campo de experimento la cuestión (¡muy trascendental por cierto!) del *Quijote* de Avellaneda, y nos ofrece con la mayor modestia una solución que no tropieza con ninguno de los datos históricos y literarios contra los cuales todas las demás se pulverizan (pág. 189). El autor recela que su libro no será del agrado de todos, y provocará algunas respuestas, pero esto nada le importa; porque las tales respuestas carecerán de *esprit philosophique* y aun de todo género de *esprit* (pág. 190), cosa inevitable en España, donde desde el académico más soplado hasta el más ínfimo foliulario todo el mundo tiene «la misma ligereza y la misma pesadez, la misma incapacidad de reflexionar, de comprobar, de entender y de aprender» (pág. 3). Y perdone Vd. por la cortedad de los denuestos.

Por mi parte, puede estar tranquilo el señor Groussac. Las ligeras observaciones que,

siguen no tendrán ningún género de *esprit*, ni siquiera el *esprit de commis voyageur* que campea en las amenas páginas de *Une énigme littéraire*, como cumple á un libro francés de exportación, escrito para las repúblicas del Plata. Ni siquiera me tomaré la fácil ventaja de poner al Sr. Groussac en contradicción consigo mismo, probándole que su monomanía contra España es muy reciente, y que todavía hace siete años pensaba y sentía de un modo diametralmente opuesto, como puede ver el curioso en el discurso que pronunció en 2 de Mayo de 1898 en una función celebrada «bajo el patrocinio del Club Español de Buenos Aires» (1). Este discurso que tiene trozos elocuentísimos, nos indemniza hasta cierto punto de las atrocidades que luego ha escrito y seguirá escribiendo el Sr. Groussac, pero ¿quién ha de hacer causal de las simpatías ni de los odios de quien así procede? Yo mismo (mentira parece) he sido elogiado por el Sr. Groussac en letras de molde que tengo guardadas, porque de cartas particulares no hay para qué hablar.

Pero dando de mano á todas estas pequeñeces, algo nos cumple decir de la nueva

(1) España y los Estados Unidos.—Conferencias de los señores D. R. Sáenz Peña, Paul Groussac y Dr. José Tarn assi. Buenos Aires, 1898.

hipótesis del Sr. Groussac sobre el autor del falso *Quijote*, y aunque con solas dos palabras quedaría arruinada, estas dos palabras las reservaré para el final, porque las cosas han de tratarse con método. El candidato del Sr. Groussac es el abogado valenciano Juan Martí, á quien por tradición constante que tiene apoyo en palabras del mismo Mateo Alemán, se atribuye la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*. Hay quien todavía duda de esta atribución (por ejemplo el señor Foulché-Delbosc, cuyo testimonio no ha de ser sospechoso para el Sr. Groussac) pero aquí la damos por admitida, no sólo porque en sí misma parece bien fundada, sino porque el señor Groussac la acepta sin el menor escrúpulo, y en ella funda toda su argumentación.

A primera vista tal conjetura parece una broma, del género de las de D. Adolfo de Castro. Pocos libros habrá tan diversos de estilo é intención como el falso *Guzmán* y el *Quijote* apócrifo. Juan Martí, ó quienquiera que fuese el fingido Luján de Sayavedra, está á mucha menor distancia de Mateo Alemán que el fingido Avellaneda lo está de Cervantes. No tiene Martí la profundidad psicológica de su modelo ni la nerviosa originalidad de su estilo, pero observa bien, cuenta bien, en lenguaje no siempre co-

rrecto, pero con una elegancia mesurada y discreta, que nada tiene que ver con la brutalidad y grosería de Avellaneda, aunque en desquite, quizá sea más pintoresca la dicción de éste. Las digresiones, en que el autor se complace, son demasiado largas (no más largas que las de Alemán), pero están bien escritas: la doctrina, aunque vulgar, es sana, y hace respetable y simpático al novelista por sus buenos y honrados propósitos: impresión que nadie sacará de la lectura del *Quijote* de Avellaneda.

A estos dos autores de tan diverso temple quiere identificar el Sr. Groussac, como si no bastase la simple lectura de sus libros para adquirir la convicción moral de que son distintos. Además, Juan Martí era jurisconsulto, y de ello hace alarde en su novela, hasta el punto de intercalar un formidable alegato en defensa de la hidalguía de los naturales y oriundos de Vizcaya. Nada hay en el *Quijote* de Avellaneda que revele conocimientos jurídicos en su autor. Martí era valenciano: Cervantes da á entender que Avellaneda era aragonés, pero como el señor Groussac niega á Cervantes hasta el sentido común, sin perjuicio de proclamarle genio (genio de *pobre cerebro*, por supuesto: los genios de gran cerebro sólo se encuentran en Francia) fácilmente sale del paso supo-

niendo que Cervantes disparató en esto como en otras muchas cosas, confundiendo á un valenciano con un aragonés, confusión en que no sé yo que el español más inculto haya caído hasta ahora. Confundir á un valenciano con un mallorquín ó con un catalán, pase, porque al fin unos y otros hablan la misma lengua con variantes de dialecto, pero ¡confundirlos con los aragoneses que han hablado siempre en castellano, ó si se quiere, en dialecto aragonés! Por lo visto, el Sr. Groussac, á pesar de todo su saber filológico, histórico y trascendental, todavía no se ha enterado bien de la diferencia que hay entre las dos expresiones *reino de Aragón* y *corona de Aragón*, y cree que pueden usarse promiscuamente la una por la otra.

Con tan extraño criterio examina el señor Groussac la lengua del *Quijote* de Avellaneda, dando por valencianismos y catalanismos los que otros comentadores habían dado por aragonesismos. Esta parte del trabajo del Sr. Groussac ha sido pulverizada por el más eminente de los actuales hispanistas franceses, Alfredo Morel-Fatio, en las columnas del *Bulletin Hispanique* (1). Este profundo filólogo, que aunque no es español,

(1) Octubre y Noviembre de 1903.

ha tenido la honra de ser tratado por el señor Groussac con la misma intemperancia y descortesía que si lo fuese, ha tomado de estas malévolas alusiones la más noble venganza, escribiendo un hermoso estudio comparativo entre la lengua del falso *Guzmán* y la del falso *Quijote*. En él queda demostrado que Juan Martí tiene algunos resabios de su nativa lengua valenciana ó catalana, aunque no lo son la mayor parte de los que citó Aribau, á quien sigue fielmente el Sr. Groussac. Así, por ejemplo, el toledano Covarrubias autoriza la acepción de *botica* por *tienda*. El *de* privativo tiene ejemplos en castellano antiguo, como ya advirtió Federico Diez.

Si los valencianismos auténticos de Martí son pocos, los catalanismos y aun los aragonesismos atribuidos á Avellaneda son en gran parte imaginarios. Morel-Fatio lo prueba, repasando todos los que citan como tales Pellicer, Borao y Groussac. Es muy dudoso que la construcción de *en* con infinitivo («*en salir* de la cárcel» por «al salir») sea un rasgo dialectal: de todos modos es excepción en el mismo Avellaneda, que sólo en dos casos deja de emplear la locución corriente. De la lista de Pellicer sólo queda en pie *malgana* por indisposición, no por congoja, ó desmayo, como dice el comentador arago-

nés (1). De la lista de Groussac, el catalanismo *partera* en lugar de *parida*, del cual hasta ahora no se ha citado ejemplo alguno en los dialectos castellanos.

Comparando la sintaxis de Avellaneda y de Martí, encuentra el Sr. Groussac ciertas analogías, que por probar demasiado no prueban nada, puesto que no sólo pueden notarse en estos autores, sino en otros muchos de diversas regiones de España. Tal sucede con la ya mencionada construcción de *en* con infinitivo, que en Martí abunda más que en Avellaneda: tal con la frecuente omisión de la preposición *de* después de *cerca* ó *delante*. En cuanto á la omisión de los artículos, el mismo Sr. Groussac confiesa que esta negligencia no tiene más de aragonesa que de castellana ó andaluza. Y en efecto, sabemos por Mateo Alemán y otros autores que fué moda cortesana durante algún tiempo (2).

(1) En el acto 5.º escena 2.ª de la *Dorotea* dice Lope de Vega: «En el dialecto de Aragón y Valencia se toma *gana* por disposición en la salud: y así dicen estar *de buena* ó *mala gana*, por estar bien ó mal dispuesto.»

Como los valencianos son bilingües, creo que «el dialecto de Valencia» no debe entenderse aquí del catalán, sino del castellano tal como lo hablan los valencianos.

(2) La supresión de los artículos no es modismo aragonés, sino costumbre introducida por algunos escritores de fin de siglo XVI, y que otros señalan como defecto. Así Gálvez Montalvo en «*El Pastor de Filida*» (parte sexta,

No seguiremos al Sr. Morel-Fatio en todos los ingeniosos desarrollos de su estudio gramatical, que bastaría por sí solo para dejar maltrecha la tesis del Sr. Groussac. Tiene Avellaneda modos de decir tan personales y característicos como el empleo frecuente de la locución elíptica «*á la que*» y el abuso de la preposición *tras* y de la conjunción *tras que*, los cuales jamás se encuentran en Martí. Tiene éste, en cambio, sus amaneramientos propios como el paralelismo de las conjunciones *aunque* y *pero* ó *empero*, que son ajenos del estilo de Avellaneda. Evidentemente ambos autores son tan distintos por su lenguaje como por el fondo de sus obras.

Los demás argumentos del Sr. Groussac son todavía más endebles, á pesar de lo cual cree haber llegado á una *casi certidumbre*, y él, tan duro con todas las hipótesis ajenas, escribe como síntesis de su larga tarea, el increíble párrafo siguiente, lleno de suposiciones arbitrarias (p. 187):

p. 302 de la edición de Maryans) donde hace competir á los dos poetas Silvano y Batto:

Descubriréte á la primera treta
tu lengua sin artículos, defeto
digno de castigar por nueva seta...

y Mateo Alemán en su *Ortografía Castellana* (1602): «Y porque dije «Castilla la vieja», y agora de pocos años á esta parte dicen los papelistas cortesanos «Castilla vieja»: no sé qué fundamento hayan tenido para ello, salvo si quieren imitar á los Latinos y no lo entienden.»

«Si no se admite que Martí y el seudo Avellaneda sean la misma persona, hay que admitir *necesariamente* los hechos siguientes. Existieron en España durante los años 1600 á 1613 (1) dos escritores nacidos en Valencia (2), poco más ó menos al mismo tiempo (1). Los dos habían estudiado en Alcalá (?), viajado por los mismos países (?), llevado la misma vida de aventuras (3), para establecerse después en su ciudad natal ó en Tarragona (?): tenían gustos idénticos (1), igual predilección por la orden de los dominicos (4), y pertenecían uno y otro á la cofradía del Rosario que no contaba más que ciento cincuenta miembros por provincia: habían conocido los dos y admiraban perso-

(1) Luego veremos lo que ha de pensarse de esta fecha.

(2) Martí había nacido en Orihuela. Sabe Dios de dónde sería Avellaneda.

(3) De Avellaneda ¿qué aventuras podrán contarse, cuando ni siquiera hemos podido todavía averiguar su nombre? En cuanto á Juan Martí las pocas noticias que tenemos de él indican que fué persona muy sosegada y respetable, aunque el Sr. Groussac, aplicándole todo lo que Mateo Alemán dice del pícaro Sayavedra, se empeña en presentarle como un tunante parásito y famelico.

(4) Martí nunca habló de ella, y una sola vez de la devoción del Rosario, tan familiar á todos los buenos católicos. El predicador que transitoriamente catequizó á Guzmán y le hizo mudar de vida, no era dominico, como supone Groussac, sino agustino, como ha notado muy bien Morel-Fatio.

nalmente á Lope de Vega (1), habían ejercido las mismas profesiones (1), escribían en el mismo estilo, con los mismos giros valencianos y los mismos vocablos exóticos, etc., etcétera.»

Como el Sr. Groussac es, ante todo, un espíritu científico «habitado á no rendirse» más que á la evidencia experimental», porque ha visto que «las inducciones más especiosas se derrumban ante el contacto de los hechos», no deja de sentir algún recelo ante «este conjunto de pruebas parciales, que no tienen carácter de certidumbre». Pero muy pronto recobra sus bríos afirmativos, porque «el escepticismo exagerado es también una forma del error» y puede haber «otras certidumbres que las que nacen de la experiencia directa ó de la demostración geométrica», y en último caso el Sr. Groussac queda á salvo «presentando la alternativa lógica que resulta de los hechos establecidos» (páginas 186-187).

Por desgracia del Sr. Groussac, todo este farrago de lógica barata está de más en la

(1) Esta admiración se limita en Martí á una mención de la comedia *El Dómine Lucas*, y á un elogio vulgar del verso de Lope, puesto, por cierto, en boca de un poeta ridículo. Con este criterio todos los innumerables autores que en prosa y en verso hablaron de Lope pueden ser otros tantos presuntos Avellanedas.

ocasión presente, y parece imposible que un ingenio tan perspicaz como el suyo no lo haya advertido. Juan Martí no es un ente de razón, un personaje fantástico: fué un abogado valenciano que existió en cierto tiempo, y que algún rastro dejaría de su paso por el mundo. ¿Cómo es posible que, á pesar de su desdén hacia los papeles inéditos, (p. 32) un erudito tan caracterizado como el señor Groussac, puesto con toda premeditación y alevosía á escribir un libelo, no contra este ó el otro escritor español, sino contra «la capacidad mental de los españoles en frente de un problema de crítica y de historia claramente definido» (p. 8), no haya pensado ni un solo momento en recurrir á los riquísimos y bien organizados archivos de Valencia, donde con pequeño esfuerzo hubiera podido averiguar algunas cosas muy interesantes para su tesis, que ciertamente no podía encontrar en la Biblioteca de Buenos Aires, y evitarse un mal paso que no parece bien en quien se erige en dómine de todo el mundo?

Porque la verdad es, y llegamos á lo más doloroso del caso, que entre las conjeturas sobre el *Quijote* de Avellaneda las hay moralmente absurdas, como la de Fr. Luis de Aliaga, pero no hay ninguna *físicamente imposible* más que la del Sr. Groussac. Él es el único que ha tenido la ocurrencia de levan-

tar un muerto para endosarle este póstumo regalo.

Resulta, en efecto, por los documentos del Archivo Municipal y del Archivo de la Catedral de Valencia, descubiertos por D. Francisco Martí Grajales y dados á luz por mi cariñoso y docto amigo D. José Enrique Serrano y Morales en la *Revista de Archivos*, que Micer Juan José Martí, natural de Orihuela, graduado de Bachiller en Sagrados Cánones en 3 de Julio de 1591, y de Licenciado y Doctor en 13 de Octubre de 1598, desempeñó el cargo de Examinador de aquella facultad desde 27 de Octubre de aquel mismo año, hasta los últimos días de *Diciembre de 1604*, en que *falleció*. Consta su entierro en la Catedral el 22 de aquel mes, y al siguiente, 23, proveyeron los Jurados de Valencia, á cuyo cargo estaba ya la Universidad, su plaza de Examinador. Que este Micer Juan José Martí sea el mismo jurisculto Juan Martí, á quien se atribuye la continuación de *Guzmán de Alfarache*, no puede dudarse, tanto por no haber entonces otro legista del mismo nombre y apellido, cuanto por haber firmado con sus dos nombres de pila (Micer Juan José Martí) las composiciones que presentó en la Academia de los Nocturnos, donde ingresó en 16 de Febrero de 1594 con el nombre académico de